



Queridos hermanos y hermanas en Cristo,  
queridos hermanos y hermanas de tantas creencias diferentes,

este mes de agosto nos recuerda con profunda amargura los trágicos aniversarios de las bombas nucleares que fueron lanzadas sobre las ciudades japonesas de **Hiroshima** y **Nagasaki** hace setenta y cinco años. Se trató de una verdadera derrota de la humanidad. La violencia feroz contra poblaciones indefensas prevalecieron sobre el diálogo y la comprensión mutua. A pesar de los horrores producidos por aquella insensatez, el plan de muerte del arma nuclear no se ha detenido. Los arsenales con nuevas armas aún más destructivas están creciendo. Por esto, importantes recursos vienen invertidos para la investigación, la producción y la conservación de dichas armas de muerte. A este respecto, el **Papa Francisco** afirmó que *«el uso de la energía atómica con fines de guerra es un crimen, hoy más que nunca, no sólo contra el hombre y su dignidad, sino contra cada posibilidad de futuro en nuestra casa común. El uso de la energía atómica con fines de guerra es inmoral, cómo, del mismo modo, es inmoral también la posesión de las armas nucleares. Nosotros seremos juzgados por esto»* (El Papa Francisco ante el Memorial de la paz de Hiroshima, 24/11/2019).

Por lo tanto, el 27 de agosto os invito a unir vuestra plegaria a las de todas las personas de buena voluntad, para que el **Tratado de las Naciones Unidas de 2017**, que establece la prohibición de la investigación, la construcción, la posesión y el uso de las armas nucleares, sea aprobado definitivamente. Hasta ahora son muchos los países que lo han firmado y ratificado, incluido el Vaticano, pero no son suficientes para su entrada en vigor. Pedimos que también Italia, que tiene unas bombas nucleares, se adhiera al Tratado con convicción.

**El Señor os dé la paz**

Assisi, agosto 2020

+ Domenico Sorrentino, obispo